

Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light-colored skin and pinkish nails. The hand is positioned to place a single puzzle piece into a larger, partially assembled puzzle. The puzzle pieces are a vibrant teal color. The background is a dark, textured blue with faint, glowing patterns that resemble circuitry or data lines. The lighting is soft, highlighting the contours of the hand and the texture of the puzzle pieces.

*"En Qué Debemos Pararnos Para Empezar Nuestra
Verdadera Liberación" - Parte I- EL-010620-051*

*"En Qué Debemos
Pararnos Para
Empezar Nuestra
Verdadera Liberación"*

Parte I

© 2020 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: junio 2020

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010620-051

“En Qué Debemos Pararnos Para Empezar Nuestra Verdadera Liberación ”

Parte I

11 y 12 de abril de 2020.-

Apóstol Marvin Véliz

Maryland, USA

Gálatas 2:15

“Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, ¹⁶sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado. ¹⁷Y si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera”.

Si nosotros queremos participar de la Iglesia, aprovechar las riquezas de Cristo, y tener un crecimiento en Dios,

S

E

M

A

N

A

—

1

—

debemos permitir que la Vida Divina nos libere. Ahora bien, para que esto no sea sólo una teoría, sino una realidad, debemos saber dónde estamos parados, y qué pasos debemos dar para alcanzar dicha plenitud de vida. Antes de empezar a edificar es necesario saber cuál es nuestro fundamento. Esto es igual a lo que dijo en una ocasión el Señor Jesús:

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca.²⁵ Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.²⁶ Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena;²⁷ y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina”
(Mateo 7:24-27).

Estas palabras nos enseñan que, si queremos construir nuestra vida en el Señor, debemos saber en qué fundamento estamos edificando, no sea que nos suceda las del hombre insensato que edificó sobre la arena.

Si hemos decidido construir nuestra vida en el Señor, debemos saber el terreno en el cual nos paramos. Hoy en día hay muchos hombres que hablan de Dios, sin embargo, no todos conocen la médula del Evangelio. Hablar de Dios no es complicado, lo complicado es hacerlo bajo el fundamento adecuado. Si el fundamento es malo, la Iglesia estará formada de creyentes débiles, cansados, y muchos de ellos, enajenados por completo de la Vida de Dios. Por esta razón, a través de esta parábola, el Señor nos enseña lo importante que es edificar sobre un buen fundamento.

Hay creyentes que hasta después de años se vienen a dar cuenta de que cometieron el error de edificar en un mal fundamento, pues, cuando viene el día malo se desploman. Dice:

Efesios 6:13

“Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes”.

A todos nos llegará el día malo, el día en el que vendrán los ventarrones, las dificultades, los problemas, etc. pero si edificamos sobre la roca, seguramente resistiremos firmes. Los cimientos no son lo que se edifica hacia arriba, sino es el trabajo que se hace hacia abajo, es escarbar, es llegar a lo profundo, hasta que estos quedan firmes, para luego edificar y sostener lo que sí se ve. Igualmente es lo que debe sucedernos a nosotros en lo espiritual, debemos poner un buen fundamento, debemos solidificar nuestro hombre interior y después ocuparnos en las cosas externas y visibles.

Este mensaje va dedicado para todos aquellos que todavía están anhelando una transformación; para todos aquellos que quieren dejar de ser paráliticos (espirituales); para todos aquellos que son como la mujer samaritana, una religiosa con grandes problemas sentimentales, insaciable; para todos los necesitados de un cambio, porque en Dios todos tenemos esperanza. El llamado para todos es que volvamos a creer en la obra de Dios. No se trata de esforzarse por ser bueno, ni de no ser tan malo, sino de creer en

lo que el Señor puede hacer en nuestras vidas.
Dice:

Romanos 1:17

“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”.

Y más adelante el apóstol Pablo dice:

“mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”
(Romanos 4:5).

Si creemos en Aquel que justifica por la fe, viviremos. Bienaventurados los que saben que habitan en un cuerpo de bajeza, bienaventurados los que no confían en sí mismos, aquellos que no se escudan en lo que hacen, o lo que no hacen, sino que simplemente están creyendo en el poder del Evangelio del Señor Jesucristo.

En una ocasión el apóstol Pablo dijo:

“Y si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera”
(Gálatas 2:17)

Parafraseando estos versos, lo que quiso decir el apóstol Pablo es: *“Si nosotros que hemos buscado el camino del Señor hemos fracasado, ¿Acaso por eso es ineficaz Cristo?, de ningún modo”*. Volvamos a la senda antigua, y creámosle al Señor, porque mayor es el que está en nosotros, y Poderoso es Él para transformarnos. Algunos tal vez cayeron en una vida pecaminosa y arruinaron su testimonio, pero aún para ellos hay esperanza si tan sólo creen en el Poder del Evangelio. No importa lo que diga la gente de nosotros, o lo que hayamos hecho, si nos mantenemos creyendo, Dios todavía puede transformarnos.

¿Qué necesita el Señor de nosotros para hacer Su obra liberadora? Lo que Él necesita es que tengamos el valor de destruir el mal fundamento en el que hemos edificado nuestra vida; ese mal fundamento, antiguo y caduco que no ha aportado nada positivo a la

obra de Dios en nosotros. ¿Cuántas formas de pensamiento heredadas de nuestros padres han sido un fundamento para nuestra vida, las cuales crearon refugios emocionales que nos han trazado el curso torcido de nuestra vida? Estos fundamentos son los que tenemos que destruir. Si no echamos por la borda estos cimientos seguiremos siendo creyentes institucionales, rígidos, legalistas, que no nos harán disfrutar de una verdadera liberación. Es imposible crecer en Dios si no quitamos los cimientos viejos, y ponemos los cimientos adecuados. Hay creyentes que aparentan estar en su mejor tiempo espiritual, están comprometidos con todas las actividades posibles de su Iglesia, pero en el fondo saben que están mal, ya que viven lo que no es una realidad en su vida interior. Dios no quiere que aparentemos, o que seamos reprimidos, eso es un fundamento de religión que debemos quitar.

No podemos crecer en la Vida de Dios si conservamos lo antiguo. Lo de Dios implica destrucción. Juan el Bautista dijo:

“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”
(Juan 3:30)

La obra de Dios crece en proporción a lo que es destruido de nosotros. Si hay menos de nosotros habrá más de Dios, y viceversa. Dios no puede poner lo nuevo de Su Vida si antes no es quitada nuestra vida antigua.

Todos tenemos un cimiento antiguo y caduco que debemos quitar, el cual, está conformado por dos grandes elementos nocivos. Estos dos materiales según la Biblia podemos decir que son: 1) La naturaleza de bajeza en la que habitamos, y 2) Lo que aprendimos de la Ley y el mal uso que hicimos de ella. Trataremos de explicar en este tratado lo referente al primer punto.

Acerca De La Naturaleza De Bajeza En La Que Habita La Humanidad:

En el Nuevo Testamento vemos (a través de sus cartas) como el apóstol Pablo tuvo que salir en defensa del Evangelio, puesto que muchos religiosos se habían levantado en contra del Evangelio que él predicaba. Al leer la Biblia vemos que Pablo fue un pionero del Evangelio, él edificaba Iglesias, estaba con los hermanos un tiempo, pero después salía a la obra misionera. En esos tiempos que él dejaba las Iglesias, llegaron otros creyentes provenientes de Jerusalén, los cuales, en su mayoría eran “judaizantes”, es decir, creyentes judíos que predicaban a Cristo con un mal fundamento, porque instigaban a los creyentes “gentiles” a observar la Ley.

La Ley en sí no es mala, la Escritura dice:

S

E

M

A

N

A

—

2

—

“De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”
(Romanos 7:12).

Lo malo no es la Ley, sino el uso que hacemos de ella. Todo aquel que usa la Ley para fines de justicia propia, está usándola mal. En el Nuevo Testamento quedó registrado un incidente que tuvo el apóstol Pablo con el apóstol Pedro, a raíz de esta manipulación que ejercían los judaizantes sobre los hermanos gentiles, al querer imponerles nuevamente la Ley. Esto lo encontramos en:

Gálatas 2:11

“Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar.¹² Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión.¹³ Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos.¹⁴ Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los

*gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?*¹⁵*Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles,*¹⁶*sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado”.*

En el pasaje vemos como Pedro se vio arrastrado por los judaizantes a imponerle a los hermanos de Galacia el fundamento antiguo y caduco de la ley. Ante esta situación el apóstol Pablo se vio en la necesidad de exhortar a Pedro públicamente, para que prevaleciera la verdad del Evangelio, que el hombre no es justificado por obras de ley, sino por la fe de Jesucristo.

Dice:

Gálatas 2:15

“Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles”.

Los judíos creían que ellos no eran pecadores, ellos creían que no eran tan malos

como los gentiles. No reconocer la naturaleza de bajeza en la que habitamos es uno de los materiales del fundamento antiguo que debemos quitar. Muchos han edificado sus vidas pensando que no son tan malos, y es más, aunque dicen que no son “perfectos”, sí creen que son bastante buenos. La mayoría de los evangélicos creen esto, es más, muchos de ellos aseveran que si se disciplinan, y se mantienen firmes, un día serán perfectos. Es necesario reconocer que en nuestra naturaleza de bajeza no hay nada bueno. No nos engañemos por las cosas “buenas” que surgen en nosotros de vez en cuando, eso no es un fundamento sólido, no es de fiar. Este fundamento antiguo y caduco debemos estar dispuestos a destruirlo.

Dice:

Romanos 2:17

“He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios,¹⁸ y conoces su voluntad, e instruido por la ley apruebas lo mejor,¹⁹ y confías en que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas,²⁰ instructor de los indoctos, maestro de niños, que tienes en la ley la forma de la

ciencia y de la verdad.²¹ Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas?²² Tú que dices que no se ha de adular, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio?²³ Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios?²⁴ Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros.²⁵ Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión”.

Luego dice:

Romanos 3:9

“¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado.¹⁰ Como está escrito: No hay justo, ni aun uno;¹¹ No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios.¹² Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”.

Estos pasajes nos dicen claramente que no hay ningún ser humano “bueno”. No podemos decir que aquel que nunca ha probado una gota de licor es mejor persona que un alcohólico. La naturaleza en la que

habitamos, sin excepción alguna, no califica para que Dios edifique sobre ella lo eterno. “No es por obras” para que nadie se gloríe, sino por creer en el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo.

Dice también:

Lucas 18:9

“A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: ¹⁰Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. ¹¹El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ¹²ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. ¹³Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. ¹⁴Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido”.

Según las palabras del Señor Jesús, una manera de identificar si estamos parados en el mal fundamento, aparte de la confianza en

nosotros mismos, es cuánto *menospreciamos a los demás* (v:9). Hay hermanos que abiertamente menosprecian a los demás, cuando alguien cae en una falla, están prontos para hacer exclamaciones tales como: “*¡Qué bárbaro, cómo pudo hacer eso!; ¡Si de verdad fuera Hijo de Dios no haría esas cosas!*, etc. ¡Cuidado! no nos volvamos verdugo de otros, puesto que todos participamos de una naturaleza caída y llena de bajeza. En este pasaje vemos como el fariseo confiaba en sí mismo, al punto que tenía el descaro de orar en público, y darle gracias a Dios por no ser como el que estaba a la par suya. Este fariseo no sólo creía que no era tan malo, sino que a estas alturas de su vida creía que era muy buena persona, pues, diezmaba y ayunaba. Por otro lado, el publicano tenía conciencia que no era una buena pieza, sabía que era aprovechado en su puesto de trabajo, era injusto, ladrón, etc. él sabía que era pecador, pero en esa conciencia se acercaba a Dios a pedir misericordia, y dijo el Señor: “*éste descendió a su casa justificado*”, no así el fariseo.

¿Cómo Se Manifiesta Nuestra Naturaleza De Bajeza Para Engañarnos?

S
E
M
A
N
A
—
3
—

La expresión de nuestra naturaleza de bajeza la podemos describir con lo que hoy en día, en términos de la psicología, se conoce como el “Falso Yo”. En términos bíblicos el “Falso Yo” es la naturaleza de bajeza. El “yo” del hombre es, según la Biblia, la expresión misma del ser humano, también le pudiéramos llamar “el corazón”, pues, este envuelve el espíritu, alma y cuerpo del hombre. El “Falso yo”, entonces, podríamos decir que es la personalidad falsa que se forma en nuestro interior, usurpando, o alterando al verdadero “yo”. En otras palabras, el falso yo es la careta que todos usamos para esconder los conflictos que tenemos en el “yo” verdadero. Todos los seres humanos tenemos un “Falso Yo”, todos tenemos una personalidad recubierta con un sin número de actitudes y de aspectos que

maquillan nuestros traumas adquiridos a lo largo de la vida.

El hombre trae por naturaleza un “chip” de felicidad extrema, pues, así lo hizo Dios. Cuando Él nos hizo, Su deseo era que fuéramos plenos, y felices. El dolor y el fracaso es parte de las consecuencias de la caída de Adán, es por eso que en la eternidad Dios enjugará toda lágrima de los ojos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor (*Apocalipsis 21:4*). A raíz de la forma primigenia como Dios nos creó, tenemos conflictos en nuestra experiencia de vivir, pues, aparecen factores que bloquean el camino hacia la felicidad. A lo largo de la vida surgen factores como el desprecio, el exceso de amor, la frialdad, etc. que consciente, o inconscientemente, otras personas nos hacen, y nos dañan, de modo que nos alteran el camino a la felicidad. Sobre todo, es en los primeros años de nuestra vida que aparecen estos conflictos emocionales, y muchos de ellos nos afectan de por vida, aun cuando ni siquiera tenemos uso de razón; al sentirnos vulnerables, automáticamente lo que hacemos es tratar de esconder y obviar dicho

dolor, y así es como se va formando el “Falso Yo”.

La gran mayoría de nosotros no podemos exteriorizar lo que sentimos o vivimos en nuestro verdadero “yo” porque son cosas muy subjetivas. Aunque todos tenemos problemas psicológicos de fondo, no tenemos la capacidad de hablar de ello, y tampoco tenemos la capacidad de escuchar los problemas de los demás, de modo que todos vivimos en conflictos internos. Ante esta dura y caótica realidad lo que hacemos “todos” es crear un falso yo, una personalidad “X” que usamos para que nadie nos vea con lástima, para no sentirnos el eslabón débil del grupo, para que nadie se burle de nosotros, etc.

El gran conflicto que tenemos en nuestra existencia es que con el paso de los años, se va entretejiendo lo falso con lo real de una forma tan sutil que cuando ya somos adultos no podemos distinguir lo genuino o lo falso que somos. Imaginemos que esa careta que en determinado momento sabíamos que usábamos para esconder nuestro verdadero “yo” plagado de muchos

traumas, ahora estamos tan acostumbrados a la máscara que ya ni siquiera recordamos lo que éramos al inicio. La careta del falso yo llega a fundirse tanto, que con el paso de los años creemos que esa es nuestra verdadera identidad. A raíz de los muchos conflictos que vivimos, creamos refugios emocionales en los cuales tratamos de ocultarnos, pero el problema es que pasamos detrás de ellos tanto tiempo, que después, nos engañamos creyendo que esa es nuestra realidad.

Veremos tres pasajes que nos muestran el “Falso yo” que se ha creado en nosotros, y las áreas en las cuáles somos engañados.

Dice:

Santiago 1:13

“Nadie que es tentado, diga: Soy tentado por Dios. Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni Él tienta a nadie; 14 sino que cada uno es tentado cuando es atraído por la propia concupiscencia, y seducido. 15 Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, engendra el pecado, y el pecado, ya desarrollado, da a luz la muerte. 16 No os engaños, amados hermanos míos” (BTX).

Este pasaje dice: “*No os engañéis*”, quiere decir que nos podemos engañar nosotros mismos. A veces pensamos que sólo podemos engañar a los demás, cuando en realidad también nos podemos engañar a nosotros mismos. Lo más terrible que tenemos, entonces, es nuestro falso yo; ya que podemos vivir engañados toda la vida. Por eso es necesario que destruyamos el fundamento antiguo de nuestra naturaleza de bajeza, porque es perverso, y nos incita a autoengañarnos.

El apóstol Santiago nos dice claramente en el pasaje que cada uno debemos hacernos responsables de nuestros actos pecaminosos. Si tenemos una vida licenciosa, o una manera incorrecta de vivir en alguna área, no nos justifiquemos porque eso es autoengañarnos. Muchas veces cuando nos vemos hundidos en el pecado le echamos la culpa a nuestro cónyuge, a nuestros padres, a los hermanos, etc. cuando el problema radica en nosotros. Sí es cierto que podemos caer en vicios a causa de la mala influencia que ejercen sobre nosotros las personas que nos rodean, pero el falso yo busca engañarnos con esto para que creamos que somos víctimas, y que otros

fueron los victimarios. ¡No nos engañemos! No le creamos a nuestro Falso Yo, no es cierto que somos víctimas, no es cierto que somos buenos y que otros nos arruinaron, ¡No es así!, todos tenemos una naturaleza de bajeza. El fundamento antiguo nos instará siempre a creer que no somos tan malos. Por ejemplo, hoy en día los homosexuales aseveran que ya nacieron así, que ellos no hicieron nada para sentirse atraídos por alguien de su mismo sexo, y por lo tanto, no les queda otra opción que aceptarse así como son; por lo demás, ellos creen que son buena gente. Lo mismo piensa el alcohólico, el drogadicto, la señora chambrosa, etc. El homosexualismo, el alcoholismo, y cualquier otra concupiscencia que marca la identidad de los hombres, no son más que refugios emocionales con los cuáles se forma el “Falso Yo”.

Todos los seres humanos, a causa de su naturaleza caída adámica, tratan de echarle la culpa de sus vicios y sus problemas de personalidad a sus antecesores, y a las personas que los rodean, pero debemos dejar eso a un lado y aceptar que necesitamos una restauración genuina de parte de Dios. Para

Dios no es problema la condición pecaminosa del hombre, dice:

Romanos 5:20

“... mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”.

Dios puede hacer nuevas todas las cosas, Él es capaz de hacer algo de la nada. Dios pudo restaurar la creación misma en la que habitamos cuando ésta era un caos total. En Génesis 1 vemos que el Espíritu de Dios se movía, y poco a poco, bajo la palabra de Dios todas las cosas fueron restauradas. Así mismo Dios puede restaurar nuestras vidas, lo único que tenemos que hacer es destruir el fundamento antiguo de confiar en nuestra naturaleza, y creer que en ella hay bondad. Muchas veces Dios mismo permite que sucumbamos en el pecado, que tropecemos, que lleguemos al fondo, para que no confiemos en la carne, y nos demos cuenta que en nosotros no hay nada bueno.

Nuestro Falso Yo se entreteje sutilmente en nuestra propia justicia. A muchos les cuesta aceptar que tienen una naturaleza de bajeza porque ven que tienen muchas cosas “buenas

en sí mismos”. No vamos a negar que el ser humano tiene ciertos vestigios de bondad, pero esto se da a causa de que tenemos el sello de la manufactura divina.

Dice:

Salmo 100:3

“Reconoced que Jehová es Dios; Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de su prado”.

La raza humana, en su estado primigenio fue hecha por Dios a Su Imagen y semejanza, sólo que ahora es un modelo discontinuado, caído, y degradado por el pecado que heredó de Adán. A raíz de esto muchos creen que no son tan malos, y así es como justifican su pecado. ¡No nos engañemos! Reconozcamos que el pecado está a la puerta de nuestro día a día, y más bien, aceptemos la gracia que nos brinda nuestro Señor Jesucristo, pues, sólo en Él podremos ser verdaderamente libres. El Falso yo siempre va a engañarnos con la auto justicia, éste nos inducirá a creer que nosotros no pecamos, sino que otros nos inducen al pecado; nos hará pensar que

somos buenos, pero que de vez en cuando nos equivocamos.

Dios no quiere que nos hundamos en el pozo de la desesperación a causa de la naturaleza caída en la que habitamos; tampoco estamos compartiendo esta verdad para que nos demos a golpes a causa de nuestra condición; lo que tratamos de decir es que Dios sí quiere restaurarnos y liberarnos, pero antes, es necesario destruir el fundamento antiguo en el que se erigió nuestro Falso Yo. Dios no se inmuta al ver nuestro pecado. En una ocasión una turba venía alborotada queriendo apedrear a una mujer que habían hallado en el acto mismo del adulterio, y le preguntaron al Señor qué debían hacer con ella, pero al final las palabras del Señor fueron: *“Yo no te condeno, vete y no peques más”*. Por supuesto, Dios no quiere que pequemos porque el pecado es muerte. Reconocer que la naturaleza en la que habitamos es mala no debe inducirnos a la culpa, o a la condenación; lo único que queremos es dejar al descubierto que tenemos un Falso Yo que nos hace creer que no somos tan malos, pues, así es como nos engaña, nos destruye y nos aleja de la

posibilidad de una verdadera liberación. Si no desmantelamos las artimañas de nuestro Falso Yo, éste seguirá causándonos más daño; si nos aferramos a las caretas de auto engaño, lejos de ser libres, el Falso Yo se va a posicionar más en nosotros, al punto que nos alejará más y más de nuestro Yo genuino.

Dice:

Gálatas 6:3

“Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña.⁴ Así que, cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse sólo respecto de sí mismo, y no en otro; ⁵porque cada uno llevará su propia carga”.

Una vez más, en el v:3 el apóstol Pablo nos dice que podemos caer en el error de engañarnos a nosotros mismos. En la Biblia encontramos la historia de Jacob, un hombre que su mismo nombre delataba lo que era. Jacob quiere decir: *“el que toma por el talón”, “suplantador”*. Sin embargo, a este hombre le costó aceptar que su nombre reflejaba su condición caída. En la mente de Jacob, tal vez lo único malo que había hecho en toda su vida fue engañar a su padre para obtener la

bendición de la primogenitura, pero aparte de eso, él se consideraba una buena persona. Con el pasar de los años, él vio errores en su madre, en su hermano, en su suegro, en sus mujeres, etc., menos en él mismo. Fue hasta aquella experiencia en la que él luchó con Dios que su situación cambió. La historia dice que en lo más álgido de la pelea, Dios le preguntó: “*¿Cuál es tu nombre?*”, y fue hasta ese momento que Jacob reconoció que era tal cual, lo que su nombre significaba. En ese momento empezó su liberación. A Jacob le llevó muchos años reconocer que se había engañado a sí mismo, preguntémosnos ahora nosotros: ¿Cuántos años llevamos nosotros en esa condición?

Es curioso ver el contexto en el que el apóstol Pablo nos dice que no nos engañemos. Dice:

Gálatas 6:1

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.”

²Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo”.

El apóstol nos dice que no nos engañemos a nosotros mismos en el contexto de velar y servir a nuestros hermanos. Lo que el apóstol Pablo nos quiere decir es que el engaño del falso yo es tan sutil, que lo que éste quiere es que sintamos que somos buenas personas porque ayudamos a otros. Muchas veces, por todo lo que hacemos, sentimos que somos los hijos más fieles que Dios tiene, sin embargo, esto nos trae comodidad y confianza en nosotros mismos. ¿Qué concepto tenemos de nosotros mismos? ¿Creemos que todo lo hacemos bien, que sólo de vez en cuando cometemos algunos errores? ¿Es usted hermana, una esposa que cree que todo lo hace bien para su marido; cree que es la más sujeta de todas las mujeres?; Maridos, ¿Se creen ustedes los hombres más responsables del mundo? Hay ocasiones que en el interior sentimos una ira profunda hacia algún hermano, pero lo ocultamos diciendo que nos da tristeza ver las actitudes que tiene esa persona hacia nosotros. Este es el engaño que levanta el Falso yo en nosotros.

Leamos un pasaje más:

Romanos 12:3

“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno...¹⁶Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión”.

S

E

M

A

N

A

—

4

—

En este pasaje el apóstol Pablo nos dice que tengamos cuidado de no sentirnos mejores que los demás. Esta condición puede darse porque vemos virtudes en nosotros las cuales creemos haberlas ganado por ser mejores que otros. Muchas veces presumimos de nuestra inteligencia secular, de ciertas habilidades, o de los carismas espirituales que tenemos. Por ejemplo, algunos que tienen el don de predicar creen que Dios vio en ellos algo sumamente especial, por lo cual, Él les confió ese carisma. Los que predicar no

son mejores que los que no predicán; los dones los repartió Dios como Él quiso, por pura gracia, no porque algunos seres humanos sean mejores que otros. El falso yo nos engaña de forma parecida a lo que hace un padre alcahuete; sabe que sus hijos son malos, pero justifica todas sus malas acciones diciendo que son cosas de “muchachos”, y por ende, los hijos nunca llegan a ser gente de bien, porque crecen creyendo que no eran malas personas.

Nuestra naturaleza de bajeza es el resultado de un “falso yo” que sutilmente se ha entretelado con nuestra personalidad original, mostrando al exterior lo que no somos. La peor parte en todo esto nos la llevamos nosotros mismos, pues, con el pasar de los años llegamos a creer que esa fachada es lo que realmente somos. Un caso muy puntual acerca de esto la encontramos en la historia del joven rico. Dice:

Mateo 19:16

“Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?”¹⁷El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los

mandamientos. ¹⁸Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. ¹⁹Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ²⁰El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? ²¹Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. ²²Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones”.

Note que severo engaño el que tenía este joven. Al inicio de la conversación, el Señor Jesús mismo (en quien no había pecado) le dijo que no lo llamara bueno porque bueno solo era Dios. Luego, cuando el Señor le pregunta si había guardado los mandamientos, él le contesta que todo eso lo había guardado desde su juventud; ¿era eso cierto? ¡No! Dice Romanos 3:10 “No hay justo, ni aun uno”. Este joven rico no era la excepción de la humanidad, él era tan transgresor de la ley como todos; sólo que estaba tan engañado en sí mismo, que creía que era bueno. En Su grande amor, el Señor le desmanteló a aquel joven su fachada de bondad, diciéndole: “vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás

tesoro en el cielo; y ven y sígueme". ¿Qué buscaba el Señor al decirle esto? Que el joven se diera cuenta que no era tan bueno como pensaba, que se diera cuenta que era tan pecador como todos los demás. Hermanos, así como le sucedió al joven rico, permitámosle al Señor que desmantele nuestro falso yo, para que seamos libres de ese auto engaño en el que vivimos.

Benditos fracasos, benditas debilidades ante el pecado si así se va a desmantelar la falsedad en la que vivimos. Ya dejemos de creer que basta con no pecar mucho; ya dejemos de escondernos detrás de las limosnas, o las ayudas que podemos dar a otros porque, perversamente, hasta en eso nos engañamos. Dios quiere liberarnos, pero para ello debemos llegar a la conclusión que no podemos fiarnos de nuestra naturaleza de bajeza. Sólo al ser desmantelados del Falso Yo podrá cobrar fuerza la Vida Divina que nos fue depositada en nuestro espíritu el día que nos convertimos al Señor. En la medida que seamos libres de este engaño, en la misma proporción, y de manera progresiva, esa Vida bendita conquistará y se expresará en todo nuestro ser. La obra del Espíritu en nosotros

será similar a lo que sucedió con el Falso Yo, nos haremos uno, nos vamos a fundir, sólo que ya no para manifestar un engaño, sino la Vida de Dios. Si estamos dispuestos a ser desmantelados, a quitar el fundamento antiguo, poco a poco, la Vida Divina se va a entretener con nuestro verdadero Yo, de modo que un día diremos como el apóstol Pablo:

*“ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí;
y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del
Hijo de Dios...”
(Gálatas 2:20)
¡Aleluya!*

¿Estamos hablando de una aniquilación de nuestro yo? ¡No! Tenemos que ser cuidadosos en esto; Dios no nos está proponiendo que dejemos de existir, lo que Él quiere es liberarnos del Falso Yo que por muchos años no nos ha dejado ser lo que realmente somos.

Dice:

Filipenses 3:3

“Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”.

A todos los que son hijos, e hijas de Dios va dirigida esta pregunta: ¿Está usted circuncidado (espiritualmente hablando)? Esta figura de la circuncisión viene de la historia de los judíos, ellos debían ser circuncidados al octavo día, pues, no por ser hijos de judíos nacían ya circuncidados. Lo que Pablo nos dice es que nosotros también debemos experimentar la circuncisión. ¿Quiénes están circuncidados espiritualmente? Los que no tienen confianza en sí mismos, los que saben que su fuerza proviene de la Vida de Dios. Esto lo dice claramente *Romanos 2:28* “Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; ²⁹sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios”. Los circuncidados son aquellos que le permiten a Dios que opere un desmantelamiento de su Falso Yo, aquellos que le permiten a Dios que haga una obra en

sus corazones para ya no confiar en su naturaleza de bajeza.

Aceptemos la verdadera liberación que el Señor quiere traer a nuestras vidas. Él quiere liberarnos del fundamento antiguo y caduco en el que crecimos; Él quiere resquebrajar todos nuestros refugios emocionales detrás de los cuales nos escondemos, y darnos Su Vida Divina increada, la cual nos puede hacer fructíferos en Dios. Es posible ser libres y transformados, de una manera genuina, no como nos lo propone la religión. Podemos ser felices, y libres en Dios sin necesidad de volvernos reprimidos, o hipócritas religiosos. No sigamos fingiendo lo que no somos ni tenemos, aceptemos el proceso que Dios nos ofrece.

Leamos y meditemos la letra de este coro:

Qué Es Lo Que Conocen De Mi

¿Qué es lo que conocen de mí?,
lo que no soy ni quiero ser
Lo que miran no es lo que hay en mí,
solo fachada de mi falso yo

Mostrando aquello que
yo mismo Inventé
Sólo para esconder mi debilidad

En la religión aprendí
a fingir lo que no viví,
y poner en otros la carga que yo
mismo no pude llevar.

A mostrarle a todos mi
cara de felicidad
Pero por dentro viviendo en oscuridad

¡Oh! mi Cristo líbrame,
líbrame por tu amor,

Con tu luz ilumina mi interior,
Libra mi ser del gigante,
del Goliat que finjo ser,
Quita esta coraza de religión...